

BX 2177

C7

1847

V.6

AÑO CRISTIANO

O EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO

POR EL P. JUAN GROSSET

POR EL P. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



NOVISIMO

AÑO CRISTIANO,

Ó EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

JUNIO.

DIA PRIMERO.

MARTIROLOGIO.

SAN JUVENCIO, mártir, en Roma.

SAN PÁMFILO, presbítero, en Cesarea de Palestina, hombre de una santidad y ciencia admirable, y muy liberal con los pobres; el cual por la fe de Jesucristo, en la persecucion de Galerio Máximiano, fué atormentado y encerrado en una prision por orden del prefecto Urbano; y despues en tiempo de Firmiliano, habiendo sido nuevamente atormentado, consumió el martirio juntamente con otros Santos. Tambien fueron entonces martirizados Valente, diácono, Pablo, y otros pueve; cuya conmemoracion se celebra en otros dias. (Véase su vida en las de hoy.)

SAN REVERIANO, obispo, y **SAN PABLO**, presbítero, en Autun, los cuales juntamente con otros diez recibieron la corona del martirio en tiempo del emperador Aureliano.

SAN TESPESIO, mártir, en Capadocia, el cual despues de muchos tormentos fué degollado en tiempo del emperador Alejandro y del prefecto Simplicio.

LOS SANTOS MÁRTIRES ISCHIRION, capitán, y OTROS CINCO SOLDADOS, en Egipto; los cuales en tiempo del emperador Diocleciano por confesar la fe católica, fueron martirizados con diverso género de suplicio.

SAN FIRMO, mártir, quien durante la persecucion de Maximiano fué cruelmente azotado, apedreado, y por último degollado.

LOS SANTOS MÁRTIRES FELINO Y GRATINIANO, soldados, en Perusa; los cuales habiendo sufrido diversos tormentos en tiempo de Decio, con una gloriosa muerte consiguieron la palma del martirio.

SAN PRÓCULO, mártir, en Bolonia; martirizado en tiempo del emperador Maximiano.

SAN SEGUNDO, mártir, en Ameria; el cual arrojado al Tiber, consumió el martirio en tiempo del emperador Diocleciano.

SAN CRESCENCIANO, soldado romano, en Tiferno ó Ciudad del Castillo, en la Umbria; quien recibió la corona del martirio imperando tambien Diocleciano.

SAN FORTUNATO, presbitero, en la Umbria, esclarecido en virtudes y milagros. (Nació en Espoleto, y habiendo sobresalido notablemente en las letras sagradas, mereció ser ordenado sacerdote. La austeridad de su vida y sus virtudes fueron tales, que mereció ser visitado de los ángeles y que se le apareciese varias veces nuestro Señor Jesucristo. Su caridad para con los pobres no conocia término, privándose no pocas veces hasta de lo mas necesario para socorrerlos. Descansó tranquilamente en el Señor en tal dia como hoy del año 400, y fué esclarecido en milagros antes y despues de su muerte.)

SAN CAPRASIO, abad, en el monasterio Lirinense.

SAN SIMEON, monge, en Tréveris, que fué canonizado por el papa Benedicto IX. (Era natural de Siracusa en la isla de Sicilia é hizo sus estudios en Constantinopla. Luego pasó á Jerusalem, donde permaneció siete años visitando diariamente los santos lugares, y por fin vistió el hábito monástico en el monte Sinai, donde vivió por espacio de muchos años. Posteriormente fué enviado á Italia con una mision, y habiéndola desempeñado se retiró á Tréveris, donde su obispo Popon le cedió una habitacion en la torre de su catedral; y allí Simeon vivió encerrado por muchos años, hasta que al Señor le plugo llamarle á sí en tal dia como hoy del año 1035. Los infinitos milagros que, despues de su muerte, obró el Señor por su intercesion, obligaron á la santa Sede á colocarlo en los altares.)

SAN ENECON (ENECO ó IÑIGO), abad benedictino, en Burgos de España, en el monasterio de Oña, ilustre en santidad y milagros. (*Véase su vida en las de hoy.*)

El Calendario de Castilla la Nueva hace hoy memoria de S. SEGUNDO, obispo y patron de Avila, cuya vida, conformándonos con el Martirologio romano, puede verse el dia 13 de mayo.

SAN PÁMFILO, PRESBITERO, Y SUS COMPAÑEROS MÁRTIRES.

SAN Pámfilo, presbítero y mártir, hombre de admirable santidad y sabiduría, como se esplica el Martirologio romano, nació en Berito de la Fenicia, siendo su casa una de las mas distinguidas de la provincia. Eran sus padres cristianos, y dedicaron el mayor cuidado á darle una cristiana educacion. La vivacidad y la singular penetracion de su ingenio no esperó para darse á conocer á los regulares términos de la edad; dejóse ya distinguir desde los mismos balbucientes indicios de la infancia. Apenas tenia dos ó tres años, y ya brillaba su extraordinaria agudeza; oianse con admiracion sus discursos, sus gracias y sus prontitudes; pero se admiraba mas su bella indole, y aquella como nativa disposicion que mostraba para todo lo que era virtud y religion.

Despues de haber dado principio á los estudios en su país, pasó á perfeccionarse en ellos á Alejandria de Egipto, teatro donde florecian á la sazón todas las escuelas cristianas. Necesariamente habia de hacer grandes progresos en las letras un ingenio tan vivo, tan dócil y tan brillante, acompañado de costumbres tan arregladas y tan puras. Adelantó tanto en las letras humanas, singularmente en la retórica, que Eusebio Cesariense, que le tenia bien conocido, asegura fué uno de los varones mas elocuentes de su siglo. Aprendió la filosofia bajo el magisterio del santo presbítero *S. Pedro Pierio*, esclarecido mártir, reputado por uno de los hombres mas sabios de su tiempo, y cuya vasta y universal erudicion le mereció el renombre de segundo Orígenes, ó de *Orígenes el mozo*.

De Alejandria pasó Pámfilo á Cesarea, acompañado del alto concepto que se habia merecido por su ingenio, por su literatura y por su virtud; y en breves días fué la veneracion de toda la ciudad. Elevóle su mérito á los mayores empleos, y en todos dió tantas muestras de su capacidad y de su rectitud, que se levantó con el aplauso y con el amor universal; pero todas las floridas esperanzas con que le lisonjeaba su nobleza, sus talentos y su mérito singular no fueron bastantes para tentar jamás aquel piadoso y aquel desengañado corazón. Como tenia tan conocida la vanidad de los honores del mundo, y de los bienes caducos de la tierra, nunca se dejó deslumbrar de su brillante apariencia; y habiendo repartido entre los pobres gran parte de su patrimonio, abrazó el estado eclesiástico, siendo en



S. PANFILO, PRESBITERO,
Y COMPAÑEROS MRS.



breve tiempo no solo el ornamento, sino el ejemplo de la clerecía.

Conociendo muy bien lo mucho que Pámfilo valia, Agapio, obispo de Cesarea, no quiso que aquella antorcha se mantuviese escondida debajo del celemín. Confirióle los primeros órdenes sagrados, y sin dar oídos á las representaciones de su humildad, le elevó á la alta dignidad del sacerdocio. Como entró en él con tan santas disposiciones, á pocos días fué las delicias de aquella iglesia por su eminente virtud y por su profunda sabiduría. Era su vida un ejercicio perpetuo de todas las virtudes; sobre todo, su humildad y su caridad fueron verdaderamente extraordinarias. Dedicaba todos sus desvelos al socorro de los pobres, no solo con las limosnas propias, sino con las muchas que los solicitaba, añadiendo á ellas el servirlos por su misma persona; y en medio de eso decía que era el siervo mas inútil del mundo.

Luego que se vió en el estado eclesiástico se entregó enteramente al estudio de la sagrada Escritura, aplicándose únicamente á instruirse bien en la ciencia de la religion. Por el ardiente amor que profesaba á las letras se aplicó á juntar en Cesarea una numerosa biblioteca, enriquecida con las obras mas escelentes de los autores antiguos, para facilitar á todos el medio de hacerse sabios, aprontándoles armas con que refutar las herejías. Conocióse muy presto la utilidad de tan piadoso pensamiento; pudiéndose decir que á los desvelos de nuestro Santo debe la Iglesia el no haberse perdido la noticia de su antigua historia eclesiástica. Entre los otros libros de los sabios que procuró juntar fueron las obras de Orígenes, copiando él mismo por su mano algunos tratados de este autor, que á la sazón todavía era tenido por católico; y S. Jerónimo hacia tan alto concepto de S. Pámfilo, profesándole al mismo tiempo tanta veneracion, que habiendo recobrado el ejemplar sobre los doce profetas menores que el Santo habia copiado por su puño, le conservó con tanta estimacion y cuidado, segun la frase del mismo santo doctor, como si fueran los tesoros de Creso; porque en cada imágen del manuscrito se le presentaba la sangre de un ilustrísimo mártir.

El mismo deseo que tenia de desterrar la ignorancia de la clerecía, y de enamorarla de los estudios eclesiásticos, le movió á enseñarlos por sí mismo, abriendo escuela pública en Cesarea, y dictando á sus oyentes lecciones de la sagrada teología; pero cortó todos estos santos ejercicios la persecucion de la Iglesia, que habia casi cinco años hacia lastimosos estragos en el Oriente.

Resueltos los emperadores Diocleciano y Maximiano á esterminar del mundo á todos los cristianos, llegó á tanto su persecucion, que no les era licito comprar, vender, traer agua, molar trigo; en fin, dar paso alguno de los mas necesarios para conservar la vida, sin haber ofrecido antes incienso á unos idólos que estaban colocados en las calles, en los mercados, en las plazas y en todos los lugares públicos donde se ejercitaba algun comercio. Luego que dieron la paz al imperio, derrotando sus enemigos, solo pensaron en hacer la guerra á la Iglesia. Resolvióse la persecucion en Roma por decreto del senado; y confirmada por un edicto general de los emperadores los años de 302 y 303, fué, por decirlo así, como un diluvio de sangre que anegó á todo el universo. Asegúrase que en solo Egipto se contaron mas de ciento y cuarenta y cuatro mil mártires, y setecientos mil desterrados. El año 304 fué creado César Maximino, por sobrenombre Daja, y su crueldad contra los cristianos hizo tantos excesos al emperador Maximiano, que sus ministros y oficiales, distribuidos en las provincias del imperio, no le podian hacer mayor lisonja que sugerirle nuevos géneros de suplicios, inventados para atormentar á los fieles de su jurisdiccion, corriendo ríos de sangre por las ciudades y por las provincias.

Dió el gobierno de la Palestina á Urbano, creatura suya, quien desde luego se persuadió haria el mayor servicio, y daria el mas alegre gusto al tirano, si mandaba prender al presbítero Pámfilo, reputado por hombre extraordinario, y por uno de los principales maestros que veneraban los cristianos. Esta misma reputacion le escitó la curiosidad de verle y de tratarle; y haciéndole venir á su presencia, conoció de cuanta importancia seria ganar á un hombre de aquel concepto y de aquel mérito, por lo que no perdonó á medio alguno para pervertirle; promesas, amenazas, lisonjas, tormentos, pero todo inútilmente. La constancia de Pámfilo llenó de asombro al tirano; pero el tirano se lisonjeó de que á fuerza de tormentos lograria debilitar por lo menos la constancia de Pámfilo. Mandó que le despedazasen el cuerpo con uñas de hierro; y se ejecutó la orden con tanta crueldad, que hasta el tirano mismo se horrorizó. Hízose una sola llaga todo el cuerpo del mártir, descubriéronse todos los huesos, y solo de milagro pudo vivir. Volvióse á la cárcel para repetirse el mismo suplicio dentro de pocos dias; pero habiendo perdido Urbano la gracia del emperador, y con ella la cabeza, Firmiliano, que le sucedió, no se dió prisa por quitarle la vida al santo mártir. Estuvo dos años en la cárcel, permitiéndolo as

la divina Providencia para consuelo de muchos ilustres confesores que confirmó en la fe, y para enseñanza y salvacion de gran número de fieles. Dejósele libertad para hablar á sus amigos, y se aprovechó de ella para la conversion de muchas almas; porque el glorioso título de confesor de Jesucristo daba nuevo lustre á su virtud, y añadía mucha eficacia á su zelo.

Habia cerca de dos años que estaba detenido en la prision, cuando volvieron de Cilicia cinco cristianos, naturales de Egipto, que habian conducido á algunos confesores condenados á las minas, y estos dieron ocasion al gobernador Firmiliano para poner en la cabeza de Pámfilo la corona del martirio. Luego que los cinco egipcianos entraron en Cesarea se declararon por cristianos, y en el mismo punto fueron llevados á la cárcel, donde mostraron indecible gozo por encontrar en ella á Pámfilo; lo que sabido por el gobernador, mandó que así éste como los cinco extranjeros compareciesen en su presencia.

Preguntó á estos de dónde eran, y cuál era su patria. Respondió el mas jóven: todos somos cristianos, y los cristianos no tenemos otra patria que la Jerusalem celestial, á la que esperamos arribar presto por medio del martirio. Aturdido el gobernador con esta respuesta, mandó que á todos seis los quitasen la vida.

Oyó pronunciar esta sentencia un muchacho de diez y ocho años, criado de S. Pámfilo, que se llamaba Porfirio, y pidió licencia en alta voz para enterrar los cuerpos de los mártires, por lo que allí mismo fué arrestado. Preguntóle el gobernador si era cristiano, y le respondió que solo era catecúmeno, pero que esperaba merecer la dicha de bautizarse en su misma sangre, la que estaba pronto á derramar por la fe de Jesucristo. Enfurecido Firmiliano al oír tan intrépida respuesta, mandó á los verdugos que le atormentasen sin piedad, si en aquel mismo punto no sacrificaba á los dioses; y negándose resueltamente á hacerlo con una fortaleza que asombró á los circunstantes, fueron despedazadas sus carnes, hasta que se le descubrieron los huesos. Duró largo tiempo este suplicio, y le sufrió Porfirio sin exhalar una sola queja. Su paciencia apuró la del gobernador, y mandó que fuese quemado vivo á fuego lento; lo que así se ejecutó, habiendo llegado el primero á la corona el que fué el último para entrar en el combate. Bañóse su semblante de una celestial alegría, y solo abrió la boca para pronunciar el nombre de Jesus, cuando vió que se acercaban las llamas para sofocarle.

Inmediatamente pasó á la cárcel un cristiano de Capadocia, llamado Seleuco, á dar á S. Pámfilo la alegre noticia del martirio

de S. Porfirio, y como saludase con beso de paz á uno de los mártires, allí mismo fué preso por cristiano, y sentenciado á perder la cabeza por el cuchillo, lo que se ejecutó al instante.

Parece que el martirio de S. Pámfilo franqueaba aquel dia la puerta del cielo mas que lo ordinario; porque á Seleuco siguió luego Teodulo, viejo venerable y criado antiguo del gobernador, que le estimaba mas que á los otros familiares suyos por su bondad y por su mucha prudencia. No se puede ponderar la cólera de Firmiliano cuando se le presentaron como delincuente, y su delito fué el mismo de Seleuco, abrazar á un santo mártir. Condenóle su amo á morir como el Salvador enclavado en una cruz, que era el suplicio de los esclavos. Y cansado el gobernador con la constancia de todos aquellos generosos mártires, hizo que le trajesen á S. Pámfilo con otros dos ilustres confesores de Jesucristo, Valente, diácono de la iglesia de Elia, y Pablo, natural de Jamnia, hombre de mucha virtud. Informado de que todos tres habian sido atormentados en tiempo de su antecesor, y conociendo bien por su aire, por su alegría y por su serenidad, que perderia el tiempo en volver á tentarlos para que sacrificasen á los idolos, lo que solo serviria para esponer á nueva confusion su autoridad, los condenó á que los cortasen la cabeza. Al mismo tiempo de la ejecucion entró en Cesarea un jóven de Capadocia, llamado Julian, cuya virtud, cuya fe, y cuyo zelo eran ya muy conocidos. Antes de entrar en la ciudad tuvo noticia de lo que pasaba en ella, y corriendo prontamente para ser testigo del combate de los mártires, halló ya sus cadáveres tendidos en el suelo; abalanzóse á ellos, abrazólos y besólos con tan santa intrepidez, que aturdió á los mismos paganos. Prendiéronle allí mismo, y le llevaron delante de Firmiliano, que colérico y rabioso al ver que los mas crueles tormentos solo servian para encender mas el fervor de los cristianos, mandó que luego le quemasen vivo á fuego lento, como á S. Porfirio, y fué el duodécimo que consiguió la corona del martirio en este mismo dia primero de junio de 309. Cuatro dias y cuatro noches estuvieron espuestos de orden del gobernador los santos cuerpos para que las fieras los despedazasen; pero ninguna se llegó á ellos en todo este tiempo, y á vista de tan clara proteccion del cielo se concedió libertad á los fieles para que los retirasen y los diesen sepultura.